

Editorial

Los dioses del agua

En la emblemática fuente madrileña de Neptuno aparece el presunto Dios de los Océanos, Neptuno. Que no es el dios del mar, sino del agua en movimiento. En el antiguo calendario romano figuraba la fiesta de la *neptunalia*; se celebraba el 23 de julio, el día más caluroso del año, destinada a conjurar la sequía.

Neptuno era entonces un dios sin relación alguna con el mar. Fue, en un principio, el dios de las fuentes, arroyos y lagunas.

En años tardíos ya, en la época clásica, se le atribuyó el papel de dios del mar. Y se le representó con los atributos de Poseidón; el tridente, y, en pocos casos, la cornucopia. Símbolo, éste último, de la fecundidad de la Tierra.

El dios griego de los océanos, por antonomasia, es Nereo, "el anciano del mar", que vive en el fondo de los mares, sentado en un trono de oro y rodeado de sus hijas; las cincuenta nereidas.

Nereo, barbudo, con un tridente y cabalgando sobre un tritón, termina su cuerpo en una cola de pez.

Desde Mallorca, el bajel varado en el Mare Nostrum, donde vivimos, es obligado referirse, de continuo, al viejo, agónico, Mar de Ulises. A los dioses Neptuno y Nereo deben volverse nuestras preocupadas miradas. A los ríos. Al mar, esa gran cantidad de agua salada que baña las costas mediterráneas, habitadas por más de ciento treinta millones de dispares seres humanos.

Tal vez la mejor solución del problema de la sequía que angustia al mundo civilizado, sea la desalinización de las aguas del mar. Empeño que ya de inicia en Mallorca.

Actualmente, en el primer semestre del año 2000, se han instalado varias unidades de desalinización en la Isla. Una planta en la Bahía de Palma, dos desalinizadoras más en Camp de Mar. Dos móviles también, en Sant Joan de Deu, que se suman a las cinco ya instaladas. En fin, otra desalinizadora se ubicará en la zona de Son Ferrer-El Toro, ésta fija.

En todas ellas se realizará un proceso de ósmosis inversa, bombeando el agua del mar a través de una membrana semipermeable, a una presión de setenta bares.

Nereo, hijo de Ponto y Gea, dios marino, profético y sumamente bienhechor, sin duda alguna se sentirá muy halagado de poder saciar la sed de los latinos y salvar sus cosechas.

Recuerdo la reflexión, hace años, de Severo Ochoa cuando uno de sus viajes a Mallorca. Ibamos en coche, camino de Formentor:

-No se quejen ustedes de la falta de agua. ¡Tienen el mar tan cerca!

En los comienzos del mundo al mar Mediterráneo que circunda la Isla de Mallorca, se le denominó Tetis.

Tetis es el nombre de una de las cincuenta nereidas, hijas del dios del mar, Nereo.

Tetis se casó, a la fuerza, con Peleo, un mortal, Y Tetis hizo matar en el fuego a sus hijos para librarlos de la maldición de ser mortales. Pero el séptimo hijo se salvó. Fue Aquiles, que moriría, heroicamente, aún muy joven, en la guerra de Troya, como nos relata Homero en la *Ilíada*.

El mar de Tetis fue, durante muchos siglos, un mar agonizante, de pequeñas dimensiones, muy sucio. Hasta que las turbulentas aguas del océano Atlántico, que penetraron por las columnas de Hércules, lograron vivificarlo. En sus costas se reflejarían, al fin, las obras de la cultura, variopinta, de pueblos tan distintos como los tartesios, celtas, celtíberos, fenicios, judíos, cartagineses. Los logros del fenó-

meno metafísico de Egipto, la tenaz cultura, social y filosófica, de Grecia. La legislación del imperio romano.

Luego, ya en el siglo XVI, llegó de nuevo una época de decadencia. Al mar de Tetis volvieron a salvarlo, ahora las aguas del Mar Rojo y de los mares orientales, que penetraron a través de un estrecho creado por el hombre; el canal de Suez.

Por sus viejas aguas pudieron navegar los adalides de nuestra historia patria: las naves de Andrea Doria, de Juan de Austria, del almirante Barceló...

Mallorca es una isla. Una isla es un trozo de tierra rodeado por todas partes por el mar, menos por una que es el cielo.

Y *del mar* procede el hombre. Decía Tales de Mileto que, el agua fue, "el principio de todas las cosas". Anaximandro, a su vez, sostenía que la especie humana fue, en sus orígenes, un ser híbrido, un pez, que surgió de las aguas del océano.

En la Prehistoria el pez representaba el símbolo de la fecundidad. En los países

mediterráneos las diosas del Amor eran peces del mar. Los romanos recomendaban comer peces en primavera, precisamente el viernes, día consagrado a la diosa Venus.

En los muros de las catacumbas, lugar de enterramientos y de reunión de los primeros cristianos, y en las primitivas iglesias, suelen encontrarse grabadas, siluetas de peces. Tal vez porque los seguidores de Cristo fueron, en sus principios, pescadores. O por desglosar cada una de las letras iniciales de la palabra griega *iktys*, pez.

Un acróstico: *lesous Kristos Theou Yios Soter*. (Jesús, Hijo de Dios Salvador).

Y, también *del cielo*, cabe invocar las lluvias; el agua:

Agua, Padre Eterno;
agua, padre mío,
que se van las nubes
sin haber llovido.